

CARTA DOMINICAL

8 DE SEPTIEMBRE DE 2019

ECO DE LA PALABRA “Dios no se muda”

Dios no duerme ni descansa, no tiene vacaciones ni inicia cursos o los termina, no cambia de domicilio ni de amistades, su sí es siempre sí, su no es siempre no, sus palabras y sus acciones permanecen idénticas a lo largo del tiempo, su pensamiento sigue idéntico por los siglos. Su ser consiste en permanecer en su amor. Con lenguaje clásico “Él y su amor no solo son eternos”, sino también “sempiternos”.

Con palabras de Santa Teresa de Ávila, “Dios no se muda”.

Nos resulta impensable hoy, cuando los cambios parece que dominan toda la realidad. Uno tiene la impresión que si no hay cambios no hay vida. Los cambios interiores, como los estados de ánimo, de ideas y de afectos, y los cambios exteriores, como las modas, novedades tecnológicas o culturales y, sobre todo, los cambios en el ámbito de la política. Eso de permanecer suena a otro mundo.

Pero, por suerte para nuestra salvación, Dios no cambia. ¿En qué sentido?

Dios permanece en su ser, como una fuente que nunca se seca. La mirada ecológica, espiritual y santa de San Francisco de Asís descubría en el sol la imagen de Dios, origen inagotable de calor y vida; mientras que la luna, con sus fases, reproducía nuestra vida, que siempre está apagándose y encendiéndose. Bien entendido que si alguna vez la luna, es decir, nosotros, la Iglesia, llega a iluminar y resplandecer, es gracias a la luz constante del sol.

Nuestra salvación consiste precisamente en esto: que nosotros estamos sometidos a múltiples cambios, unos buenos y otros malos, unos que nacen de nuestra libertad y otros que sobrevienen por causas ajenas. Pero existe la Bondad que, además de no agotarse, comunica bondad en nuestras vidas.

En la oración de los salmos hallamos un estribillo, cuya repetición impresiona y da idea

de la importancia que su mensaje tiene para el orante: viene a ser el motivo central del agradecimiento y la alabanza.

“Porque es eterna su misericordia”, repite insistentemente el que ora.

Este estribillo aparece vinculado a la vida y a la historia. El Salmo 117(118) es una alabanza agradecida, no construyendo un razonamiento teológico sobre la eternidad de Dios, ser supremo, sino recordando la experiencia que el salmista ha vivido, los problemas y crisis sufridas y la ayuda que recibió de Dios. El Salmo 135(136), introduce estas mismas palabras evocando, primero la creación, después la historia. Todo lo que es y vive, los acontecimientos y las experiencias que jalonan la vida humana, despierta el agradecimiento y la alabanza, porque el amor y la misericordia de Dios no disminuyen, no se agotan, continúan vivas... para que nosotros sigamos viviendo.

Ser cristiano no significa abandonar la vida y la historia humana cambiante, con sus vicisitudes, sus altibajos, sus decepciones y entusiasmos. El cristiano vive a fondo la historia humana, pero con un ojo puesto en ella y otro en la eternidad, un pie dando los pasos que pide la vida en el mundo y otro pie seguro y firme en la vida eterna, con un corazón expuesto a los pequeños amores de la tierra y al mismo tiempo firme en el amor inagotable de Dios.

Si no tememos los cambios, si no nos arredran los fracasos, si no nos deslumbran los éxitos, es porque el amor eterno se nos da incansablemente, cada día, en cada momento, como el sol con su luz y calor regala vida a la tierra.

† Agustí Cortés Soriano
Obispo de Sant Feliu de Llobregat